

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA * AÑO XXII * 1945-1946

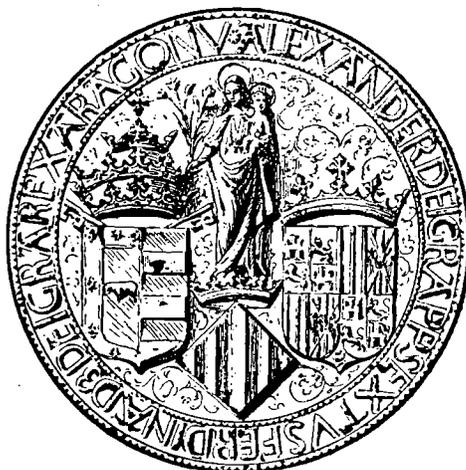
DISCURSO

LEÍDO POR EL JEFE DEL FRENTE DE JUVENTUDES DEL DISTRITO UNIVERSITARIO

CAMARADA

RAFAEL CEREZO ENRIQUEZ

EN LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ACADÉMICO 1945-1946



VALENCIA, 1945

IMPRENTA DIANA (ANTES VIVES MORA)

HERNÁN CORTÉS, 8

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
CC. SOCIALS
BIBLIOTECA
Nº Registre 21816
DATA

C. 142 5881
D. 142 5879

MAGNÍFICO Y EXCMO. SR. RECTOR ;
CAMARADA JEFE PROVINCIAL ;
EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES ;
CAMARADAS :

POR séptima vez desde que la victoria de Franco recuperó para los españoles todo el perdido patrimonio de una Patria armónica y en pie, se inaugura el curso escolar que aquí congrega al sabio y al discípulo, al maestro cargado de años y de sabiduría y al estudiante neófito, pletórico de ilusiones y esperanzas.

No son frecuentes las ocasiones en la vida universitaria española —tan necesitada de un ritmo genuino de reunirse en cónclave solemne profesores y alumnos; tal vez sea éste el único acto al que el devenir de los tiempos no ha privado de la gravedad y unción que le prestaron ha luengas

centurias aquellos claros varones que gobernaron —con la suavidad de la pluma y la fortaleza del hierro— las aulas alcaláinas y salmanticenses; por ello nuestras palabras de hoy conviene sean acordadas a la honda significación de este simbólico momento en que, tras un corto paréntesis, tornan a abrirse las puertas de la Universidad para dar comienzo a otra etapa más de su existencia, a otro curso escolar, henchido de promesas siempre, pero bajo el imperativo de la unidad y el orden, por séptima vez, repito, desde que la justa espada del Caudillo nos devolvió a los españoles, con la norma y el pan, el inmarcesible orgullo de llamarnos tales.

Hablando, como hoy lo hago, en nombre de nuestra juventud estudiantil encuadrada en el Sindicato Español Universitario, cúmpleme antes que nada dar las gracias más rendidas a cuantos en una forma u otra nos han ayudado en el pasado curso a cumplir con los complejos y difíciles deberes que el Estado ha impuesto al S. E. U.; desde el Magnífico Rector que nos preside hasta el más oscuro de los alumnos; mi agradecimiento especial al Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional por su constante apoyo a nuestra organización, por sus desvelos hacia la Universidad Española, de la que nos sentimos el último esta-

DISCURSO DEL JEFE DEL F. DE J. DEL D. U.

mento, sí, pero no el menos dotado de vitalidad propia, de entusiasmo y de fervor por los graves y trascendentales problemas universitarios. Porque —y permitidme una brevísima digresión— el S. E. U., que es, ante todo, la corporación profesional de los estudiantes españoles que José Antonio soñó para ligar a todos los escolares de España en una tarea común, tiene a su cargo el cumplimiento de numerosos y no fáciles deberes académicos, nunca confiados hasta nuestros días a ninguna organización estudiantil. Los deberes, en primer término, de formación de los afiliados en los órdenes moral, político, social, deportivo y religioso; deberes de asistencia, que cumple a través de una empresa tan vasta como popular entre los numerosísimos estudiantes necesitados de un apoyo económico para la realización de su vocación, deberes asistenciales éstos que se llevan a cabo con medios muy precarios, con un concepto de la justicia y la caridad, entendidas ambas con mayúsculas y ejercidas en los medios escolares que nos competen, sin tener en cuenta más que la capacidad mental y las reacciones ante Dios y España de los beneficiados; deberes profesionales llevados a cabo en representación de todos los alumnos ante las correspondientes autoridades académicas, defendiendo sus derechos —que son

muchos—, haciéndoles cumplir sus obligaciones —que son otras tantas, si no más—, encauzando sus iniciativas, tramitando sus problemas y coartando todo extremismo, tan perjudicial siempre a una comunidad como la nuestra; promoviendo viajes de prácticas, revistas y seminarios; sosteniendo a su costa centenares de becas para estudiantes y postgraduados, tanto en España como en el extranjero; creando premios de fin de carrera, residencias, albergues; ejecutando, en fin, una espléndida labor complementaria de la estrictamente universitaria, tan interesante como variada y fundamental. Deberes sindicales, que se derivan de la propia estructura de nuestra organización, el S. E. U. pulsa constante y periódicamente las inquietudes de los estudiantes a través de la sensible red de sus mandos elegidos por los estudiantes mismos y por ellos diariamente controlados. En los aspectos deportivo, social —y permitidme que lo recalque—, religioso y moral, la tarea que cumple el S. E. U. con pasión y fervor auténticos es tan profunda y conocida por vosotros que todo comentario es excusado.

Pues bien, nuestra empresa, que dura ya doce años, sin pausa ni descanso, nos ha demostrado palmariamente que España será grande cuando se haga en serio una Universidad digna de los desti-

DISCURSO DEL JEFE DEL F. DE J. DEL D. U.

nos que para ella soñaron nuestros muertos, muchos de ellos estudiantes como vosotros y que como vosotros se congregaron también en este Paraninfo en días en que la Universidad no era, como hoy, remanso de paz y de trabajo, sino torvo campo de Agramante, en que tirios y troyanos dirimían a balazos sus discrepancias políticas.

De aquella Universidad a ésta media un abismo; el abismo que separa vuestra generación de aquella en que nacieron los que —pocos ya— pertenecen al grupo fundacional del S. E. U.; el abismo que se abre entre la desesperación y la esperanza, caracteres que marcan, indeleblemente, a lo peor del estudiantado de entonces y a lo mejor de nuestro tiempo. Y por eso, cuando vemos que día tras día, un puñado de hombres —entre ellos, nosotros— hace una Universidad digna de la Patria que Franco nos ha devuelto; cuando en vez de escepticismo y amargura, nuestra juventud más selecta lleva en su mochila la alegría y la fe; cuando en lugar del bostezo aburrido de los billares pícaros, se escuchan las canciones juveniles por todos los senderos de España; cuando la vieja posada de la Troya ha sido abatida y sustituida por nuestros Colegios Mayores; cuando junto a las trincheras aun abiertas florece la blancura de nuestros Campamentos; cuando tenemos la segu-

ridad de haber descubierto la clave de la Patria difícil, que José Antonio adivinó, soterrada bajo los escombros de la Patria detestable —detestable por la desesperación y la amargura, por los billares y la Casa de la Troya—, tenemos derecho a gritar a los cuatro vientos el optimismo de nuestra doctrina. Y ello pese a los agoreros de turno, a las cornejas de siempre; pese al malévolo cerco impuesto a España; pese a este presente que se anuncia, sin duda, grave y hosco.

Pese a todo, porque España, camaradas, será lo que su juventud sea, aun cuando ello vaya en contra de momentáneas apariencias; y así, será malhumorada y agria, dimisionaria de sus propios destinos, o ardorosa en una fe tesonera que remueva las montañas; a vosotros, universitarios, futuros capitanes de la Patria, toca entender bien claro estas palabras, porque quienes queremos para nuestro pueblo un sentido armonioso de la vida, una indestructible justicia social que cale hondo y prieto, una hermandad entre sus hombres, sus clases y sus tierras, llegaremos a la meta, aunque en el sendero hayamos de dejarnos, como ya está profetizado, la piel y las entrañas.

Para eso, camaradas, nació el S. E. U. en la Universidad. Desde las primeras palabras de Alejandro Salazar al encargarse del mando supremo

de nuestro Sindicato, hasta estas otras de hoy, han transcurrido doce años, al cabo de los cuales, y con legítimo orgullo que nadie puede regatearle, nuestro Sindicato se ha convertido en la organización estudiantil más potente y popular de cuantas han existido en España en todo tiempo y sazón. Porque ya, camaradas, *el S. E. U. es la auténtica y verdadera representación de los escolares*, instrumento vivo y entero puesto al servicio de un Estado que reconoce nuestras razones, responsabiliza nuestra historia y nos confía trascendentales tareas, hombro con hombro, con el profesorado.

El S. E. U., exponente magnífico de la ambición nacional de los estudiantes españoles, cumple todos los fines que a ellos interesen y comprende a todos los escolares por el hecho de serlo; sus jefes representan a todos los alumnos y todos los alumnos intervienen en la designación de sus representantes directos, quienes, en las cámaras-sindicales de curso o Facultad, rinden cuentas periódicas de su actuación ante el Tribunal, siempre exigente y auténtico, que forman sus camaradas.

Pero el S. E. U. —que comprende, repito, a todos los estudiantes españoles— no impide a ninguno de sus afiliados el ejercicio del derecho asociativo que preconiza el Fuero de los Españoles;

antes bien, protege y fomenta aquellas asociaciones estudiantiles que con una finalidad concreta y circunscrita completan su difícil empresa entre la masa escolar; sin embargo, tampoco el S. E. U. desconoce que el ejercicio de un derecho está subordinado al bien común, que en este caso es el orden en la Universidad y el fundamental interés de España en mantener en unidad compacta a su juventud universitaria de hoy, escuela de mandos de la Patria. Una juventud partida y fraccionada en gregarismos, por altos que pudieran parecer los pretextos que aconsejasen tamaño dilate, supondría —a corto o largo plazo— la lucha fratricida, el combate entre gentes con idénticos motivos de defensa y ataque, el hacer cándidamente el juego al enemigo común —todavía, y hoy más que otras veces, esperanzado—; en una palabra, el caos en la Universidad.

Dejo a la consideración del ilustre Claustro de Profesores que me escuchan el recordar pasados tiempos y adivinar —sin un considerable esfuerzo de imaginación— en lo que se convertirían estas aulas, hoy apacibles lugares de sosiego y trabajo.

En cambio, unidos todos bajo una prieta y única disciplina, ¡qué inmenso es el horizonte de tareas a realizar! Singularmente en el orden so-

DISCURSO DEL JEFE DEL F. DE J. DEL D. U.

cial, imperativo bajo el que ruedan nuestros días y al que no puede ser impermeable este centro del saber, cuyo lema es irradiar luz por todas partes. Porque, pese a la ayuda universitaria del S. E. U. y a la legislación vigente sobre protección escolar, inspirada por uno de los más importantes Consejos Nacionales que ha celebrado nuestro Sindicato —a la sombra gloriosa del gran Fonseca, en Compostela—, son muchos, muchísimos, los casos de estudiantes que sin una mano propicia trabajan silenciosa y heroicamente en nuestras Universidades o en los medios humildes de que proceden. La ley sobre familias numerosas y el servicio de protección escolar, que en este curso comenzará a funcionar, íntimamente ligado al S. E. U., endulzarán muchos pesares y proporcionarán alegría a muchos hogares españoles; pero aun así, la clase media —que es la que principalmente nutre nuestros Centros Superiores de Enseñanza— necesita de un apoyo sin límites tacaños, siempre que los beneficiados sean dignos de ello; el S. E. U. no puede dar ya más de lo que da: no os quiero abrumar con la fácil demagogia de unas cifras que, pareciendo, quizás, exiguas, son gigantescas en proporción con nuestros medios, pero nos urge y angustia duplicar nuestros comedores universitarios, nuestras Residencias y los Cole-

gios Mayores del Estado y de la iniciativa privada, la Bolsa del Libro, las bibliotecas gratuitas, los textos buenos y baratos, las Bolsas de Viaje a los mejores alumnos de cada Facultad, los hogares de estudiantes, las becas, las cooperativas que proporcionen al escolar necesitado los elementos imprescindibles para su vida a precios más bajos de los normales... ; hemos de seguir, en fin, con toda pasión la angustia de quienes quieren y no pueden, extremando, en cambio, nuestro desprecio para los que pueden y no quieren ; y ello en razón de aquel mandato de José Antonio, que pedía que en España no se perdiera un solo talento por falta de medios económicos.

En la tarea que a los universitarios ha ordenado el Caudillo, hemos de estar juntos profesores y alumnos ; los primeros, para enseñar con rigor, con verdadero interés y con vocación sentida y aumentada cada día, combatiendo la rutina y el cansancio, como el ermitaño a las tentaciones o como el soldado a su enemigo. Los escolares, unidos en haz, bajo la disciplina del S. E. U., en una permanente movilización de corazones, para aprender, no al modo trasnochado de la ciencia por la ciencia, sino para rendir sus conocimientos y su valía al supremo interés de España, depurando cada día también sus manifestaciones ex-

DISCURSO DEL JEFE DEL F. DE J. DEL D. U.

ternas, sintiéndose —por fuera y por dentro— rectores futuros de nuestra sociedad, y aprendiendo cada vez lo que nuestro Fundador llamara «la gloriosa pesadumbre del mando».

En toda apertura de curso conviene insistir en este hecho, insobornable y magnífico en su simbolismo: cada primavera y cada otoño salen de la Universidad, para desparramarse por toda la anchura de la Patria, nuevas promociones de jóvenes profesionales, en las que la ilusión del título recién conquistado puede trocarse en el resentimiento del fracaso o en la amargura del abandono; de la peligrosidad de este fermento antisocial sabemos algo los españoles que conocimos la tremenda convulsión roja. Pues bien, la finalidad máxima pretendida por el S. E. U. en su incansable acción universitaria es que al muy complejo bagaje intelectual de los profesionales que se forman año tras año se agregue una dura experiencia militar, una intensa formación religiosa y una clara conciencia política que, abroquelando a sus poseedores contra todo morbo corrosivo, les forme de tal suerte que allí donde actúen —urbe, capital, pueblo o aldea— ejerzan también una acción benéfica para sus conciudadanos y para la Patria, ayudando a formar nuevas legiones de hombres cabales que vayan relevando a las generaciones

anteriores, sin otros ideales que los de la unidad, la grandeza y la libertad de España.

Y por último, camaradas del S. E. U., mi saludo más cordial, junto con mi esperanza firmísima de que sabréis ser en el curso escolar que hoy se inaugura dignos continuadores de aquellos que hace años supieron trocar a tiempo el libro por el mosquetón y morir con la conciencia de que sus hermanos —vosotros— vigilaréis la promovida cosecha que sembró su muerte.

Por Franco, ¡Arriba España!



SE ACABÓ LA IMPRESIÓN DE ESTE CUADERNO DE LOS ANALES
DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA, DISCURSO DEL JEFE
DEL F. DE J. DEL D. U., EL DÍA XXIX DE SEP-
TIEMBRE DE MCMXLV, FESTIVIDAD DE SAN
MIGUEL ARCÁNGEL, EN LA IMPRENTA DIANA
(ANTES VIVES MORA), CALLE DE
HERNÁN CORTÉS, NÚM. 8, DE
LA INSIGNE Y CORONADA
CIUDAD DE VALENCIA
L. ✠ D.